

2

CARACTERÍSTICAS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL SEGLAR CLARETIANO

En este capítulo vamos a ver cuál es el concepto de espiritualidad que encontramos en el Ideario y cuáles son las características principales de esta la espiritualidad.

1. Concepto de espiritualidad que encontramos en el Ideario

28 *Nuestra espiritualidad es la respuesta generosa, bajo la acción del Espíritu, al modo concreto de seguir a Jesús expresado en la vocación y misión que hemos recibido de Dios.*

Nuestra vida espiritual es el punto de confluencia del carisma y del compromiso misionero; donde se unen la llamada de Dios y nuestra respuesta personal a la misma; respuesta que se expresa: en un estilo de vida según las bienaventuranzas (Ideario nn 13-18), en unos compromisos de evangelización arraigados en nuestra vida espiritual, alimentados por ella y que, a su vez, la alimentan (Ideario nn 21-26), y en las opciones y actitudes permanente que cualifican nuestra vida y nuestro servicio de evangelización (Ideario n. 27)

El Espíritu mismo, que ha sido enviado a nuestros corazones (Rm 5,5), es quien impulsa y dinamiza nuestra vida espiritual.

El concepto de espiritualidad que utiliza el Ideario coincide notablemente con el que hemos presentado en el marco doctrinal. La descripción que hace de la espiritualidad en el numero 28 recoge de manera muy concisa los elementos esenciales, no sólo de la espiritualidad cristiana, sino también de la espiritualidad del seglar claretiano.

El Ideario supera aquel modo estrecho e intimista de entender la espiritualidad, que la reducía a la oración y a la práctica sacramental y que daba lugar a espiritualismos evasivos. Resalta que la espiritualidad comprende todo lo que somos y todo lo que hacemos movidos por el Espíritu Santo. Presenta la espiritualidad como vida según el Espíritu conforme al consejo de Pablo a los gálatas: “si tenemos la vida del Espíritu, dejémonos conducir por el Espíritu” (Gal 5, 26).

1.1. Una espiritualidad centrada en el seguimiento de Jesús

El primer párrafo del nº 28 centra la espiritualidad del seglar claretiano en el seguimiento de Jesús bajo el impulso de su Espíritu: “Nuestra espiritualidad es la respuesta generosa, bajo la acción del Espíritu, al modo concreto de seguir a Jesús expresado en la vocación y misión que hemos recibido de Dios”. Como el Ideario trata de describir aquí la espiritualidad del seglar claretiano, la relaciona con su vocación y misión específicas, que provienen de los dones o carismas con que Dios nos hace seglares y claretianos. Estos dones son fuerzas o impulsos del Espíritu que nos llevan a vivir de un determinado modo y con características especiales lo nuclear de toda espiritualidad cristiana: el seguimiento de Jesús.

Como acabamos de indicar, el núcleo esencial de toda espiritualidad cristiana es el seguimiento de Jesús, pero dentro de él hay muchos modos de seguir a Jesús, por eso dice que la espiritualidad del seglar claretiano es “un modo concreto de seguir a Jesús”. Ya en los números anteriores del Ideario ha descrito en qué consiste ese modo de seguir a Jesús y lo indicará de nuevo en los números siguientes.

1.2. La espiritualidad nace del carisma y se expresa en la misión

El segundo párrafo del número 28 presenta la espiritualidad como respuesta o vivencia de la vocación y la misión que Dios nos ha dado. Una y otra – la vocación y la misión – se ponen en práctica en la espiritualidad. Por eso podemos decir que la espiritualidad es la práctica de la vocación y de la misión.

Este segundo párrafo añade a continuación algunas características de nuestra espiritualidad cuando dice que implica:

- a) “Un estilo de vida según las bienaventuranzas”, tema del que hablan los números 13-18 del Ideario.
- b) “Unos compromisos de evangelización”. De ellos se habla ampliamente en los números 21 al 26 del Ideario.
- c) “Unas opciones y actitudes permanentes que cualifican nuestra vida y nuestro servicio de evangelización”, tema del que habla el nº 27 del Ideario.

Todos estos números ya los hemos comentado y a su comentario remitimos desde aquí.

1.3 La espiritualidad es, ante todo, gracia, pero es también tarea.

El Ideario afirma que la espiritualidad es obra del Espíritu Santo en nosotros. El es quien origina, impulsa y sostiene nuestra vida según el Espíritu, nuestro seguimiento de Jesús. A pesar del sabor voluntarista (acentuación de lo que podemos hacer con nuestra fuerza de voluntad) que puede tener la frase inicial de este número 28 cuando habla de “respuesta generosa”, deja claro que la espiritualidad viene del Espíritu, pues añade: “bajo la acción del Espíritu”. Y más adelante en este mismo número dice: “El Espíritu mismo, que ha sido enviado a nuestros corazones, es quien impulsa y dinamiza nuestra vida espiritual”.

Queda, pues, claro que, según el Ideario, la espiritualidad es don y tarea. Don del Espíritu y tarea apoyada por él, pues la realizamos con la ayuda y la fuerza del Espíritu. Tenemos que poner toda nuestra voluntad en el empeño por seguir los caminos del Espíritu, pero sabemos que no depende todo de ella y que ella sola no puede hacer nada.

2. Características de nuestra espiritualidad

A continuación vamos a resaltar seis características de la espiritualidad del seglar claretiano. Tres de ellas están indicadas en el número 29, que dice que nuestra espiritualidad es englobante, integradora y humanizante; una de ellas, la secularidad, está recogida en el número 30 y otras dos aparecen en diversos lugares del Ideario. Me refiero a las dimensiones profética y claretiana de nuestra espiritualidad.

29 *La vida según el Espíritu nos conduce al pleno desarrollo humano y a la perfecta integración de todas las dimensiones de nuestra persona.*

En nuestra vida espiritual se funden en perfecta unidad todas las dimensiones de nuestra existencia: nuestra inserción en el mundo, nuestras responsabilidades y nuestras tareas temporales, nuestra acción, nuestra oración y nuestra vida sacramental, como expresiones inseparables de la realidad única e indivisible del amor con que amamos a Dios y a los hombres”

Según este número del Ideario, nuestra espiritualidad ha de ser englobante, integradora y humanizante.

2.1. La espiritualidad engloba toda nuestra existencia

La espiritualidad no se reduce a una gama de sentimientos religiosos íntimos, sino que es un estilo de vida que consiste en hacer la voluntad del Padre, siguiendo a Jesús y prosiguiendo su misión con la fuerza del Espíritu. La espiritualidad abarca a la persona entera, todas sus actividades y todas sus relaciones con los demás, con el mundo, con la Creación y con Dios.

“Aunque tendemos a designar como espiritualidad los momentos de oración, meditación etc., sabemos que la auténtica espiritualidad envuelve e implica nuestra vida con todo su haz de relaciones”¹⁹. La espiritualidad no se reduce a la dimensión orante de la persona, sino que es un estilo de vida o el modo de vivir toda la vida, secundando y no sofocando (1Tes. 5,19) los impulsos del Espíritu. La espiritualidad, así entendida, es englobante e integradora de la persona y de todas sus opciones, compromisos y actividades. Como dice Pedro Casaldáliga en un libro por publicar, la espiritualidad abarca todas las dimensiones de nuestro ser: alma y cuerpo, pensamiento y voluntad, sexo y fantasía, palabra y acción, interioridad y comunicación, contemplación y lucha, gratuidad y compromiso.

La exhortación ChL expresa muy bien el carácter englobante de la espiritualidad : “La vida según el Espíritu suscita y exige... el seguimiento y la imitación de Jesucristo en la recepción de sus Bienaventuranzas, en el escuchar y meditar la Palabra de Dios, en la participación consciente y activa en la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia, en la oración individual, familiar y comunitaria, en el hambre y sed de justicia, en llevar a la práctica el mandamiento del amor en todas las circunstancias de la vida y en el servicio a los hermanos, especialmente si se trata de los más pequeños, de los pobres y de los que sufren” (ChL 16).

También otro documento de Juan Pablo II describe la espiritualidad cristiana en la misma dirección que ChL: “Podemos decir que la vida espiritual, entendida como vida en Cristo, vida según el Espíritu, es como un itinerario de progresiva fidelidad en el que la persona es guiada por el Espíritu y conformada por El a Cristo, en total comunión de amor y de servicio a la Iglesia” (VC 93)

“Espiritualidad es un estilo o forma de vivir la vida cristiana, que es una vida “en Cristo” y “en el Espíritu”, que se acoge por la fe, se expresa en el amor y se vive en la esperanza, dentro de la comunidad eclesial. La espiritualidad abarca toda la vida, también la acción”²⁰.

Como ya se dijo repetidas veces, la espiritualidad no es un aspecto de nuestra vida, el más íntimo, sino que engloba todo nuestro ser y toda nuestra existencia cristiana. Como dice Albert Nolan, “la vida espiritual es la totalidad de una vida, en la medida en que es motivada y determinada por el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús. Cuanto más motivados estemos por ese Espíritu en todo lo que hacemos, mejor podremos decir que tenemos una vida espiritual”²¹.

La espiritualidad o vida según el Espíritu “abarca la vida entera de la persona: su espíritu y su cuerpo, su individualidad y sus relaciones sociales, su condición de miembro de la Iglesia y de ciudadano del mundo. La espiritualidad afecta a todo lo que el ser humano es en su existencia

¹⁹ Misioneros Claretianos, *Nuestra espiritualidad misionera...* p. 22

²⁰ C MACCISE, *Por una espiritualidad encarnada*, en “CONFER” 34 (1995), p. 251

²¹ NOLAN A, *Espiritualidad de la justicia y del amor*. La Paz 1986, p. 9

concreta. No hay por qué renunciar a una dimensión esencial de nosotros mismos. Todo lo contrario: al vivir intensamente la espiritualidad, nos realizamos en plenitud y somos más plenamente nosotros mismos”²².

En consecuencia, la espiritualidad no es un aspecto parcial de la vida del cristiano (sus momentos de templo, de lectura de la Biblia o de oración) contrapuesto a sus compromisos familiares, laborales, sociales, políticos, culturales, etc. La espiritualidad es toda la vida cristiana con todos sus aspectos, vividos desde el Espíritu y como seguidores de Jesús. Es un estilo de vida o el modo de vivir toda la vida, secundando los impulsos del Espíritu (Gal 5, 25; Rm 8, 14-15).

Lo repito, la espiritualidad comprende todo y engloba todas las dimensiones y los aspectos de la existencia humana y cristiana. Comprende el amor al Padre y la pasión por su reinado, el seguimiento de Jesús, la docilidad al Espíritu, la imitación de María, la primera seguidora de Jesús y la más dócil al Espíritu Santo; comprende también la lectura de la Palabra de Dios, la oración y la práctica sacramental; comprende las exigencias del estado de vida por el que hemos optado, el compromiso de animación cristiana de las realidades temporales, la acción transformadora del mundo, nuestro trabajo y el ejercicio de nuestra profesión. Alcanza todo lo que somos y lo que hacemos, porque todo tiene que ser poseído, regido y animado por la fuerza del Espíritu para ser sometido a la soberanía de Dios y de su Reino.

2.2. La espiritualidad integra todas las dimensiones de nuestra persona y de nuestra vida.

La vida según el Espíritu, no sólo alcanza a todas las dimensiones de nuestra persona y de nuestra existencia, sino que, además, las integra en armónica unidad (AA 4). El Ideario nos propone vivir una espiritualidad que integre, sin fisuras, fe y vida y la oración y el compromiso cristiano, porque el mismo Espíritu, que nos lleva al encuentro con Dios en la oración nos lleva también al encuentro con él en los hermanos, especialmente en los que más nos necesiten.

Como dice el número 28 del Ideario, “nuestra vida espiritual es el punto de confluencia del carisma y del compromiso misionero; donde se unen la llamada de Dios y nuestra respuesta personal a la misma”. El número 29 sigue desarrollando esa misma idea: “En nuestra vida espiritual se funden en perfecta unidad todas las dimensiones de nuestra existencia: nuestra inserción en el mundo, nuestras responsabilidades y nuestras tareas temporales, nuestra acción, nuestra oración y nuestra vida sacramental, como expresiones inseparables de la realidad única e indivisible del amor con que amamos a Dios y a los hombres”.

En nuestra vida espiritual no debería haber lugar para dicotomías (divisiones, incoherencias), pero, con frecuencia, los seguidores de Jesús somos capaces de hacer lo imposible: dividir lo indivisible. La unidad entre fe y vida, entre oración y compromiso tiene tales fundamentos que debería ser casi imposible la escisión entre ellos. En efecto, el Dios con quien nos encontramos en la oración y el Dios con el que nos encontramos en la vida y en el prójimo es el mismo. Uno mismo es el Espíritu que suscita y dinamiza nuestra oración y nuestro compromiso. Es también una misma realidad el amor por el que queremos ser fieles a Dios y al hermano. Sólo por la debilidad de nuestra fe y de nuestro amor se explica que seamos capaces de hacer ese imposible: separar fe y vida.

2.3. La espiritualidad es humanizante

²² JM^a Castillo, *Los peligros de la espiritualidad*, Selecciones de Teología, nº 143 (1997), p. 173

Vivir según el Espíritu como seguidores de Jesús es también un camino de humanización, de crecimiento como personas. Como dice este número 29 del Ideario, “la vida según el Espíritu nos conduce al pleno desarrollo humano y a la perfecta integración de todas las dimensiones de nuestra persona”.

Hace ya muchos años, en su libro “La fe en la periferia del mundo”, Leonardo Boff escribió: “El camino de la espiritualidad se configura como un proceso de humanización. Lo que importa es que los hombres sean, que su vida se despliegue, que su ser llegue a expresarse plenamente desde Dios por Cristo en el Espíritu de amor. No se trata de impedir lo humano, sino de realizarlo hasta el final; no se trata de ahogar la creación, sino de explicitarla. Por eso la exigencia de la vida espiritual no es otra que el hacer posible el surgimiento de auténticas personas, integradas, desprendidas, capaces de entregarse a los demás, internamente realzadas en su aspecto individual, comunitario y hasta cósmico”²³.

Dios nos ha hecho a su imagen y ha sembrado en nosotros inmensas posibilidades de crecer como imágenes suyas. El Espíritu, que actúa en nosotros, nos ayuda a desarrollar esas posibilidades, a ser más como personas.

Nuestro crecimiento humano es ante todo crecimiento en lo más nuclear de nuestro ser, en lo más genuino que hay en nosotros de la imagen de Dios: el amor. Sólo amando podemos realizarnos como personas. El Espíritu, al infundir en nosotros el mismo amor con que Dios ama, purifica nuestro amor de las vetas de egoísmo que lo atraviesan y falsean, y desarrolla de manera increíble nuestras posibilidades de amar. La vida según el Espíritu es, ante todo, una vida en el amor (Gal 5, 22-23). La vida según la “carne” es negación del amor, es egoísmo. Y el egoísmo significa inmadurez, infantilismo perpetuo.

El Espíritu nos lleva a la plena realización conforme al proyecto de Dios sobre nosotros concretado en la vocación y misión que él mismo nos ha dado. Sólo por los caminos que Dios ha pensado para nosotros podemos llegar a la meta de nuestra realización humana.

2.4. Carácter secular de nuestra espiritualidad

Este aspecto de la espiritualidad del seglar claretiano lo recoge especialmente el número 30 del Ideario que copiamos a continuación.

30 *Nuestra espiritualidad es secular y, por ello:*

- la gestión misma de los asuntos temporales, realizada conforme a la voluntad divina, es para nosotros lugar de encuentro con Dios y de identificación con sus planes;*
- realizamos las tareas seculares y luchamos por la transformación del mundo en comunión con Cristo y revestidos de la fuerza del Espíritu;*
- la eucaristía, la oración y las demás expresiones de nuestra espiritualidad están fuertemente configuradas por las situaciones, los problemas, las luchas y las esperanzas de nuestro pueblo y nos llevan a una efectiva solidaridad con él;*
- el estado de vida y el servicio profesional que prestamos caracterizan también nuestra espiritualidad.*

²³ BOFF L, La fe en la periferia del mundo, Santander 1981, p. 32

Fundamento de la dimensión secular de nuestra espiritualidad

El seglar ha de vivir según el Espíritu, pero desde su inserción en el mundo y desde su participación en las actividades terrenas; ha de vivir según el espíritu de las bienaventuranzas, escuchar la Palabra, participar en los sacramentos, orar y practicar las virtudes clave, la fe, la esperanza y el amor, desde las exigencias que comporta su condición de seglar.

El carácter secular o de inserción en el mundo de nuestra espiritualidad, al que aluden muchos números del Ideario, aparece especialmente destacado en este número 30, en el que se señalan cuatro aspectos importantes de esta dimensión secular de nuestra espiritualidad.

El fundamento de la dimensión secular de nuestra espiritualidad está en primer lugar en nuestra misma condición intramundana y en el hecho de que nuestro Dios es un Dios encarnado en la realidad.

- a) La dimensión secular de nuestra espiritualidad se fundamenta en nuestro ser del mundo. La nuestra “es una espiritualidad que vive y asume la “mundanidad” desde la propia condición bautismal. El mundo, en su triple acepción de cosmos, humanidad llamada ser familia de Dios, y conjunto de fuerzas opuestas al proyecto de Dios, no es el simple escenario de una representación teatral, ni sólo una triste condición a soportar por parte del bautizado, ni únicamente el “valle de lágrimas”, del que se desea salir lo antes posible. Es, por el contrario, la condición primera y elemental de nuestra propia existencia humana. El mundo no es algo que está fuera de nosotros: somos esencialmente “mundanos” y sin asumir el mundo, si bien críticamente, es completamente imposible construir una personalidad adulta, ni en el plano cristiano ni en el plano simplemente humano”²⁴.
- b) La dimensión secular de nuestra espiritualidad se fundamenta también en el hecho de que nuestro Dios es un Dios encarnado. La fe en un Dios encarnado se opone a la tendencia a huir del mundo para encontrarlo. No es al margen del mundo ni del hombre como uno se encuentra con Dios. Dios está presente en la realidad humana y social y en el cosmos de tal modo que la realidad y su fluir histórico son transparencia de Dios, sacramento de su presencia, punto de encuentro con él, lugar en que nos habla. Dios nos sale al encuentro y se manifiesta en los acontecimientos y, a través de ellos, nos dice quién es él y cuál es su voluntad, su proyecto sobre la humanidad y sobre el mundo. Esto significa que hemos de tener una mirada penetrante para traspasar la piel de la realidad y preguntarnos dónde está Dios, cómo se manifiesta en esta realidad, en este lugar y en este momento histórico, qué quiere, qué espera de nosotros.

Experiencia de Dios en la gestión de las realidades temporales

El Ideario, siguiendo la doctrina del Vaticano II, acentúa que el lugar más específico de la experiencia de Dios para el seglar es la gestión de los asuntos temporales: “La gestión misma de los asuntos temporales realizada conforme a la voluntad divina, es para nosotros lugar de encuentro con Dios y de identificación con sus planes” (nº 30). El concilio Vaticano II dice que “ni las preocupaciones familiares ni los demás asuntos temporales, deben ser ajenos a la dimensión espiritual de su vida” (AA 4). El documento ChL afirma que “la vocación de los fieles laicos a la

²⁴ A.M. Calero, oc. p. 160)

santidad implica que la vida según el Espíritu se exprese particularmente en la inserción en las realidades temporales y en su participación en las actividades terrenas” (Ch L 17 a).

A la pregunta: dónde encontrarse con Dios, “la respuesta, hoy ya, es: “en el tráfigo de la vida”, es decir, “en la mismísima densidad de las cosas, personas y acontecimientos: es ahí donde siente (los “místicos horizontales”) que quiere Dios ser escuchado, servido y amado. El mundo y la historia, lejos de obstáculo para el encuentro con Dios, se convierten para ellos en su mediación obligada”²⁵

Las tareas temporales no son lugar de encuentro con Dios porque las iniciemos ofreciéndolas a Dios o las interrumpamos para salpicarlas de oraciones, sino porque las hacemos en comunión la voluntad del Padre y para extender su Reino. Son experiencia de Dios por ser tarea del Reino. Esto significa que “la contemplación no se realiza sólo en el espacio sagrado de la oración ni en el recinto sacrosanto de la iglesia; ella encuentra su lugar también en la práctica política y social, bañada, sustentada y alimentada por la fe viva y verdadera”²⁶.

La Conferencia del Episcopado de América Latina y el Caribe celebrada en Puebla en 1979 pide al seglar que “no huya de las realidades temporales para buscar a Dios, sino que persevere, presente y activo, en medio de ellas y allí encuentre al Señor; dé a tal presencia y actividad una inspiración de fe, un sentido de caridad cristiana; por la luz de la fe, descubra en esa realidad la presencia del Señor”²⁷.

Experiencia de Dios en la acción transformadora del mundo

Como colaboradores de Dios y de Cristo, “luchamos por la transformación del mundo en comunión Cristo y revestidos de la fuerza de su Espíritu” (nº 30b). La acción transformadora del mundo, tan característica del seglar, forma parte de nuestra experiencia de Dios Creador, que sigue creando y a cuya obra nos asociamos porque nos ha hecho co-creadores con él.

Así el seglar “mientras desempeña rectamente la tarea del mundo en las circunstancias ordinarias de la vida, no debe establecer separación entre su vida y la unión con Cristo, antes bien, debe crecer en esa unión al ejercer su trabajo según la voluntad de Dios” (AA 4).

A continuación vamos a mencionar algunas realidades muy importantes que el seglar tiene que vivir la experiencia de Dios y transformarlas evangélicamente.

- a) Ante todo, el amor humano entre esposos, padres e hijos, hermanos y amigos (LG 11, GS 48, AA 11). El Vaticano II en textos ya citados anteriormente, dice que “los esposos cristianos son mutuamente para sí, para sus hijos y para los restantes familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe”(AA 11). Robustecidos “con la fuerza del sacramento del matrimonio, los esposos cristianos “llegan cada vez más a su propia perfección y a su mutua santificación, y, por tanto, conjuntamente, a la glorificación de Dios” (GS 48).
- b) En segundo lugar está el trabajo. El cristiano tiene que sentirse en su trabajo colaborador de Dios en la obra de la creación: “creado el hombre a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo así la tierra y cuanto en ella se

²⁵ J.A. García, *En el mundo de Dios*, Santander 1989, p. 108

²⁶ BOFF L, oc, p. 216

²⁷ Documento de Puebla nn 797-798

contiene, y de orientar a Dios la propia persona y el universo entero, reconociendo a Dios como creador de todo, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre, sea admirable el nombre de Dios en el mundo” (GS 34). El trabajo forma parte también del seguimiento de Jesús, trabajador incansable tanto manualmente como en su condición de evangelizador itinerante. Es también fuente de solidaridad, ya que trabajamos, como decía San Pablo, para ayudar a los demás.

El laico “mientras desempeña rectamente la tarea del mundo en las circunstancias ordinarias de la vida, no debe establecer separación entre su vida y la unión con Cristo, antes bien, debe crecer en esa unión al ejercer su trabajo según la voluntad de Dios” (AA 4). Por eso, precisamente, “ni las preocupaciones familiares ni los demás asuntos temporales, deben ser ajenos a la dimensión espiritual de su vida” (AA 4).

- c) Otro campo importante para la espiritualidad del seglar es el de la cultura, entendida tanto en sentido humanista (cultivar y desarrolla la persona) como en sentido sociológico (el modo de ser, pensar y actuar de una sociedad). La cultura en este segundo sentido es el vehículo indispensable para expresar las vivencias propias de un pueblo, de un grupo social o de una época y es también el cauce en el que hay que insertar la vida y el mensaje cristiano para que pueda ser acogido y vivido. Por eso, a juicio de Pablo VI, “la ruptura entre evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo”(EN 20). Este es un reto muy importante para la Iglesia entera y, dentro de ella y de manera especial, para los seglares.
- d) La vida según el Espíritu implica también desarrollar una economía impregnada por el Espíritu. Esto exige, sobre todo, que la economía esté al servicio de la persona humana(cf GS 69), especialmente de los pobres y no al revés como sucede en el sistema neoliberal vigente en nuestros días. Exige también defender el destino universal de los bienes. “Por lo tanto, el hombre, al servirse de esos bienes, debe considerar las cosas externas que posee legítimamente, no sólo como suyas, sino también como comunes, en el sentido de que han de aprovechar no sólo a el, sino también a los demás” (GS 69).
- e) La política como actividad humana y social ordenada al bien común de todos los ciudadanos es un ámbito importante para la espiritualidad de los seglares. La espiritualidad, como ya dijimos, es reinocéntrica, es preocupación por extender el Reino de Dios y, como dice el Vaticano II, la política, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al Reino de Dios(GS 39). Por eso, Juan Pablo II dice que “para animar cristianamente el orden temporal, los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar de la participación en la política (ChL 42)

Vivencia secular de las fuentes de la espiritualidad

El carácter secular de nuestra vocación da un enfoque nuevo a todas las fuentes de nuestra espiritualidad porque las impregna de la realidad en que vivimos. Por eso dice este número del Ideario que “la eucaristía, la oración y las demás expresiones de nuestra espiritualidad están fuertemente configuradas por las situaciones, los problemas, las luchas y las esperanzas de nuestro pueblo y nos llevan a una efectiva solidaridad con él” (nº 30).

Lo expresa muy bien un himno de la liturgia de las horas:

“No vengo a la soledad
cuando vengo a la oración,

pues sé que, estando contigo,
con mis hermanos estoy;
Pues vine huyendo del ruido,
pero de los hombres no”²⁸.

Lo dice también con mucho acierto el teólogo Segundo Galilea: “El Dios que en la oración le dice al hombre: ¡ven!, en la misma oración le dice: ¡ve!. El Dios que llama es el mismo que lanza al compromiso de la liberación. Manda unir la pasión por Dios con la pasión por los oprimidos. Mejor, exige que la pasión de Dios en Jesucristo sea vivida en la pasión de los hermanos sufrientes y necesitados. La oración alimenta la óptica con la cual se permite al creyente ver en el pobre y en toda clase de explotados la presencia sacramental del Señor”²⁹.

El conocido teólogo Gustavo Gutiérrez añade: “La contemplación cristiana auténtica, que pasa a través del desierto, hace a los contemplativos profetas y a los militantes místicos. El cristianismo realiza la síntesis del político y del místico, del militante y del contemplativo, superando la falsa antinomia entre el religioso-contemplativo y el militante-comprometido”³⁰.”

Espiritualidad, estado de vida y profesión

Finalmente, el Ideario señala que también otros elementos de la vocación y misión del seglar claretiano cualifican su espiritualidad, acentuando su carácter secular: “El estado de vida y el servicio profesional que prestamos caracterizan también nuestra espiritualidad” (nº 30 d). Es lógico, ya que la espiritualidad consiste en vivir todo lo que somos y todo lo que hacemos siguiendo a Jesús y guiados por el Espíritu. Por eso el Vaticano II dice que la “espiritualidad seglar debe recabar su nota característica del estado de matrimonio y familia, de soltería o de viudez, de la situación de enfermedad, de la actividad profesional y social” (AA 4f).

El perfeccionamiento profesional y el ejercicio de la profesión forman parte de nuestra espiritualidad. Lo dice también el concilio Vaticano II: “Cuando actúan, individual o colectivamente, como ciudadanos del mundo, no solamente deben cumplir las leyes propias de cada disciplina, sino que deben esforzarse por adquirir verdadera competencia en todos los campos” (GS 43). Solamente con esta condición podrán “impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico”(AA 5).

2.5. Un espiritualidad de carácter profético y liberador

Urge volver a alzar sobre el mundo aquella indignación ética con la que Moisés había sentido un día la llamada de Dios a la liberación de los oprimidos y con la que hoy debemos sentir nosotros – por encima de todos los demás problemas, en definitiva, secundarios – la urgencia del amor de Dios, herido inicuaamente en la inmensa mayoría de sus hijos e hijas y frustrado en su esfuerzo por establecer un mundo de hermanos en el que abunden el pan y la esperanza, la paz y el perdón”³¹.

Somos seguidores de Jesús de Nazaret, “profeta poderoso en obras y palabras” (Lc 24, 19). Precisamente por eso, nuestra espiritualidad tiene que ser, como la suya, profética y liberadora. Esto implica, ante todo, la solidaridad con los pobres, los esclavizados, los disminuidos física o

²⁸ Laudes del sábado II.

²⁹ GALILEA S, *El camino de la espiritualidad*, p. 143.

³⁰ GUTIERREZ G, *Beber en el propio pozo*, P. 59

³¹ A. Torres Queiruga, *Recuperar la creación*, p.143

socialmente (cf Lc 4, 18). Si queremos seguir ese camino de Jesús, nuestra espiritualidad tendrá que ser también, como la suya, conflictiva y martirial.

Estas características de nuestra espiritualidad no están recogidas en un número concreto del Ideario, sino que están sembradas por todo el texto. Así, por ejemplo, cuando nos invita a mirar al modelo de seguidor de Jesús que tenemos en Claret, el Ideario destaca varios aspectos de su espiritualidad profética y martirial: “ungido por el Espíritu y enviado a evangelizar a los pobres”, es “signo de contradicción, perseguido hasta la muerte” (Ideario nº 3).

El número 4 del Ideario resalta igualmente la dimensión profética, liberadora y martirial de la espiritualidad de Claret: “con gran sensibilidad a los signos de los tiempos, se compromete a combatir los males de la sociedad con la pobreza y la renuncia a todo poder, principalmente al poder del dinero y de la ambición” (Ideario nº 4). Y en ese mismo número añade que Claret, nuestro modelo e inspirador, “orienta sus servicio misionero por la línea de la redención, de la promoción y de la liberación del prójimo, aún a costa de su vida”.

También el nº 9 destaca la dimensión profética del seglar claretiano cuando afirma que participamos del profetismo de Cristo. A la dimensión liberadora se alude en los números 10, 22, 23, 27 y 40. A la solidaridad con los pobres se refiere el nº 40 cuando dice: “El Espíritu, que dinamiza los procesos históricos de los pueblos oprimidos, nos impulsa a la comunión con ellos y con su lucha por la liberación”.

2.6 Carácter claretiano de nuestra espiritualidad.

Aunque el Ideario no lo explicita en estos números que estamos comentando, una característica fundamental de nuestra espiritualidad es el ser claretiana. Esta dimensión está presente a lo largo de todo el Ideario. El carácter claretiano de nuestro carisma determina también el carácter claretiano de nuestra espiritualidad. La dimensión claretiana de nuestra vocación y misión es también dimensión claretiana de nuestra espiritualidad, ya que ésta consiste en seguir a Jesús por los caminos a los que nos impulsa el Espíritu con el carisma, es decir, en vivir la vocación y desarrollar la misión.

Si la espiritualidad es vivir bajo el impulso del Espíritu, el impulso del carisma claretiano determina nuestro modo de vida y nuestro servicio que forman parte de nuestra espiritualidad.

Como todos los cristianos, los claretianos seguimos a Jesús de Nazaret y tratamos de proseguir su misión. Sin embargo, en nuestro seguimiento de Cristo destacan algunos rasgos distintos de los que resaltan en otras familias carismáticas. Nosotros seguimos ante todo al Jesús anunciador del Reino.

Como ya dijimos a propósito de la vocación y misión del seglar claretiano, el carácter claretiano de nuestra espiritualidad no es un añadido más al tronco común de la espiritualidad cristiana, sino que es un elemento de la espiritualidad misma convertido en la clave desde la que vivimos toda la espiritualidad. Lo dice el número 5 del Ideario: “Por el carisma claretiano, que cualifica todo nuestro ser, el Espíritu Santo nos capacita y nos destina a un servicio especial en la Iglesia. Identificados por este don con Cristo Misionero, continuamos, como seglares, la misión para la que el Espíritu Santo suscitó en la Iglesia a San Antonio María Claret”.

Ya el primer número del Ideario dice que “vivimos las exigencias del Reino y prestamos en la Iglesia un servicio de evangelización según el carisma y el espíritu de San Antonio María Claret”.

Los rasgos de ese espíritu de Claret se describen en los números 3 y 4. El carácter claretiano de nuestra espiritualidad aparece también explicitado en la descripción de las características de nuestra evangelización (nº 27), que son también características de la persona y rasgos de su espiritualidad. El sello claretiano es más claro en las dos últimas. Aparece también en el nº 28 y en el 35, cuando habla de la dimensión misionera de nuestra relación con María. Aparece igualmente en el nº 38, al hablar de la dimensión apostólica de la eucaristía.

El carácter claretiano de nuestra espiritualidad no deriva de Claret, sino de Cristo mismo; es una referencia especial a algunos aspectos y dimensiones de la persona y de la obra de Cristo, que Claret, en virtud del carisma recibido, admiró más y encarnó más vivamente. También nosotros, por voluntad de Dios y por don del Espíritu, estamos llamados a encarnar hoy de modo especial esos aspectos de la inabarcable persona y obra de Cristo. Eso sí, tenemos en Claret un modelo excepcional de respuesta al carisma y, por tanto, de espiritualidad claretiana.

Para dialogar

- a) Expresar con las propias palabras qué queremos decir cuando afirmamos que nuestra espiritualidad es englobante, integradora y humanizante.*
- b) ¿Por qué razones nuestra espiritualidad ha de ser secular?*
- c) ¿En qué se manifiesta el carácter secular de nuestra espiritualidad?*
- d) ¿Qué aspectos del seguimiento de Jesús resaltan más en la espiritualidad del seglar claretiano?.*